

# Basilio y su papá postizo

Jesús Vicente García

I

VER LIBROS EN LA LAGUNILLA ES ENTRAR al mundo de la aventura a bajo precio y en alta estima. Los hay para todos los bolsillos, desde el lector de gusto exquisito hasta el estudiante que requiere alguna edición al instante de *Edipo Rey*, veinte pesos, Bruguera. No es el caso de Basilio, quien me pide que lo acompañe.

—Eres un niño mimado, mi querido Basi. No conocer la Lagunilla es no ser un verdadero lector.

—No succiones. No he ido porque durante la carrera los libros los compré en El Sótano, en Gandhi y en las de viejo de Donceles.

Muevo la cabeza. No digo nada. Entiende mi tono burión. Quiere darme un manazo, ya lo medí y se lo da al aire.

Quiere ir en su Tsuru. Le digo que lo deje. Vámonos en metro.

—Al fin, dice Marcelo, el mero mero del DF, que estamos en una ciudad de vanguardia y que el transporte público está mega picudo, y eso lo comprobarás tú en un momento.

—Oye, tampoco soy un niño mimado, ¿eh? He ido al centro y a CU en metro.

—Entonces has de saber si estamos en una ciudad segura o no.

Alega y alega y caminamos al metro Viaducto, transbordamos en Chabacano en dirección Garibaldi y ahí vamos en medio de los ambulantes que le suben a la música con unas gruperas que rompen tímpanos.



Grabado: Sunday Chatterbox, 1885

Domingo medio día. Calor. Olor a comida chatarra. No hay un momento de descanso para el ambulante, venden devedés con películas de moda, portamonedas en forma de pulsera, pompas de jabón que se embarran en las cabezas, en la ropa y se quedan pegadas cual moco de guajolote. Muy respetuosos. Les vale gorro si alguien habla por celular. Los gritos para cantar su producto entran por un oído, pero no salen por el otro, quedan rebotando en todo el cuerpo. Salimos. Un mar de gente.

Sé que no conocía este territorio libresco. Aunque diga que vino una vez con sus tías pero que estaba muy chiquito, me da la impresión que no es cierto, y lo entiendo, nunca tuvo la necesidad de regatear o conseguir libros para el estudio.

Montones de a veinte pesos, de a diez. *Moby Dick*, dos tomos de la UNAM; *La Eneida*, prólogo de Borges, ¿quince devaluados?, yo lo vi en ochenta y cinco en Donceles; de Asimov hay como diez títulos de a diez y quince, Bruguera, en buen estado; *Los asesinos*, de Hemingway, en veinte. Basilio le echa el ojo a una novela de Laura Restrepo, *Leopardo al sol*, se la recomiendo. Él anda buscando cosas del Siglo de Oro. A dos puestos a la derecha, de frente a los trajes típicos, hay uno que se dedica sobre todo al teatro de aquella época. Calderón de la Barca, una edición de la UNAM, tres obras anotadas; de Cátedra vemos a Tirso de Molina, *Don Juan*, anotada y muy recomendable, pero la dan cara, le digo que en la UAM es más barata. Se compra, sin chistar, *La Celestina* en treinta pesos. Seguimos caminando y vamos cual zarigüeyas de *La era del hielo 2*, felices de ver libros. Exploramos la calle completa que corre de Bolívar a Isabel la Católica, dos hileras de puestos. Los hay algunos más caros que en los tianquis, pero también están quienes avientan su montón de a treinta, de a veinte pesos, nuevos, ediciones que en librerías elevan cinco veces su precio. No dudo en comprar dos antologías de cuento hispanoamericano

actual, una edición argentina, y otra de cuento colombiano del FCE, dos tomos.

Le digo que se lleve la antología de homenaje a Raymond Carver, el maestro del cuento corto sin finales sorprendentes, con escritores hispanoamericanos en su mayoría, casi no se encuentra, la hizo Samperio, y hay otra que hizo Ruiz, de cuento mexicano... No me pela. Mira una edición de Pablo Neruda, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

—¿Te lo llevas? —le repito tres veces la misma pregunta. Ojea las páginas.

—Éste se lo regalé a Naty y lo leíamos en las escaleras de su edificio. Le gustaba el poema veinte, *Puedo escribir los versos más tristes esta noche*.

—¿Lee poesía? ¿Sabe leer? Sí que es un estuche de monerías.

Su mirada es de recuerdo. Lo abrazo. Le sonrío. Ánimo. En tono confidencial me dice que soy un mamón. Eso ya lo sé. Ya en serio agrega:

—La extraño. Hablo de Naty por si empiezas de mamila. Siento que muero todos los días cuando despierto, duermo poco; soy un pendejo por haberla engañado con Yadira, ¿por qué somos tan idiotas los hombres?

—Los hombres no son pendejos, nomás tú, mi buen Basi... es broma, pues. Eres humano y eres caliente, tienes hormonas, te manejan a placer. Hay que controlarlas.

Dice que no tiene el libro, que sólo con Naty lo leía y a veces ella se lo prestaba. Aunque pudo haber tenido otro ejemplar, pactaron que sólo uno sería la unión entre los dos. Seguimos y se queda a dos puestos del de Neruda, yo aprovecho para comprar los *Veinte poemas*, los guardo en la bolsa de plástico en la que ya llevamos varios.

—¿Te digo algo en buena onda y no empiezas de mamila? —se tiene que agachar y siento su aliento a

café del oxo que compró hace rato—. A veces quisiera tener un padre a quién contarle esto. Sí, sé que tengo cuates, amigas, pero tú me entiendes.

—¿Sabes? Yo también quise un padre en la adolescencia y en la juventud. Te entiendo muy bien.

—Oye, qué te parece si hoy eres mi padre y yo tu hijo, digo, podrías ser mi padre, ¿tienes cuántos, cincuenta y ocho o sesenta?, te ves ya rucailo, ¿eh?

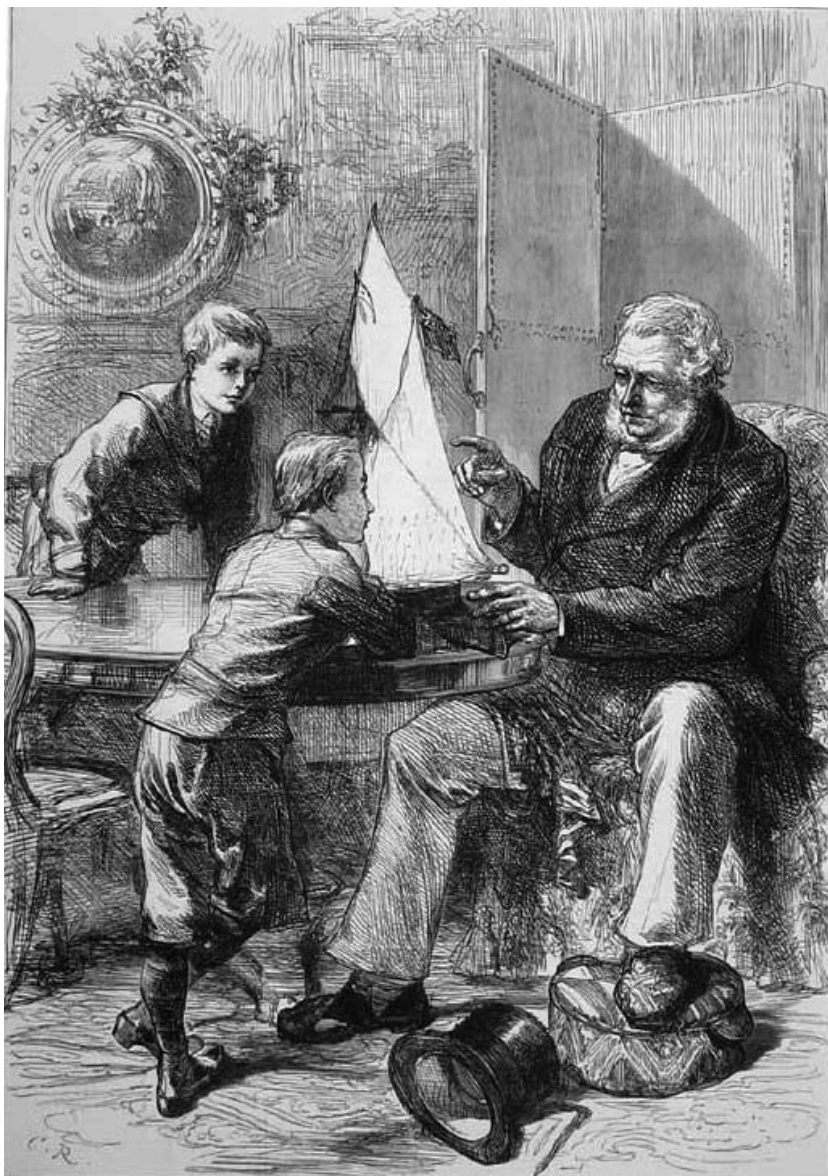
—Qué chistoso. Si voy a ser tu padre, respétame, pedazo de animalito. Tengo cuarenta y tres. Pero quiero el paquete, tu mamá Vera...

¡Mocos! Me da un puñetazo en mi brazo. Luego me abraza y caminamos. Pero no te hagas maje con Vera, le digo, e intenta alburearme; le falta la huella del barrio. Hacemos otro recorrido y me canso.

—No aguantas nada, padre —y ríe como niño mal educado—. Como que ya hace hambre. ¿Y si vamos a una cantina?

## II

*Las Dos Naciones.* Entre las mesas de madera y otra ronda de cerveza de barril, Basilio dice extrañar a Naty, la que todo tiene grande. De su padre me dice lo que alguna vez me comentó su mamá Vera, a quien conoció en una tocada de rock en La Última Carcajada de la Cumbancha, en Insurgentes, a finales de los ochenta. Él es alto, de ahí la estatura basileana. Se fue a Tijuana porque decía que estaba formando su banda de rock en los noventa. Vera no se quiso ir con él. Después ni banda ni nada. Trabajó en un aserradero en Michoacán, luego en una cantina, después en la venta de ropa en



*Navidad entre marineros, 1875*

Guanajuato y ahora parece que le entró a la serigrafía o algo así en el norte, pero no sabe exactamente dónde. Cada año le envía juguetes. Es tan bruto que no pensó que Basilio ya estaba crecido y le dio un tráiler a control remoto. “Me hubiera dado unos tenis el güey”. Lo ha visto unas diez veces en veinticinco años. Hace dos quiso decirle que le gustaba Naty, y aquel le sacó la puntada que si estaba buena que le diera una revolcada, “si afloja no se apendeje, mijo”. Basilio esperaba otra respuesta. Quiso platicar con un tío que a veces va a su casa y se quedó dormido en el sofá, mientras él hablaba como perico. En fin, que nadie lo escucha, aunque no se queja de su mamá, que es buena onda, que por ella le gusta leer, que sí lo escucha, pero no es lo mismo,



él quiere que un padre le guíe, le platique también sus experiencias, sus razones para actuar de tal o cual manera, que le diga que al mundo es necesario explorarlo.

Otras dos oscuras de barril. La cantina *Dos Naciones* se caracteriza por sus meseras maduras y en minifalda. Dos treintonas le sonrían a Basilio; él es alto, de cabello ondulado, apiñonado, deportista, buen mozo. La que nos atiende ronda los cuarenta y sus piernas aún aguantan. En la rocola, de Jarabe de Palo pasamos al maestro José Alfredo Jiménez, *ando borracho, ando tomado, porque el destino cambió mi suerte...* Y surge Naty otra vez. Le digo como padre que ahora soy que le escriba una carta, que se crea Neruda.

—Pero no soy Neruda, no mames, jefe.

—Ya sé que no, no seas güey, pero si no te crees lo que haces, no vas a lograr nada. Es como un niño que al jugar fut se cree el “Chicharito” Hernández y eso le da fuerza, pinche escuinclé, corre como demonio y anota goles.

—¿El “Chicharito”?

—No, el niño, baboso.

—¿Cuál niño baboso?

—Así me lo dejas... pero escucha:

*Estoy tan lejos de ti,/ y a pesar de la enorme distancia,/ te siento juntito a mí, / corazón, corazón, alma con alma,/ y siento en mí ser tus besos,/ no importa que estés tan lejos...*

De las dos bolsas de plástico que están en la mesa, saco el de Neruda. Lo toma y empieza a leer en voz alta: *Cuerpo de mujer,/ blancas colinas, muslos blancos,/ te pareces al mundo en tu actitud de entrega./ Mi cuerpo de labriego salvaje te socava.*

Y José Alfredo: *Ojalá que te vaya bonito, ojalá que se acaben tus penas/ que te digan que yo ya no existo/ y conocas personas más buenas.* Entre Neruda y José Alfredo le dan duro al corazón de Basilio, a quien veo llorar con lo que lee: *Quiero hacer contigo/ lo que la primavera hace con los cerezos;* con lo que escucha: *Me están sirviendo ya la del estribo,/ ahorita ya no sé si tengo fe,/ ahorita solamente ya les pido, que toquen otra vez “La que se fue”.* Pide un tequila mientras voy al baño. Me enojo.

—Nomás uno, jefe, uno no es ninguno. Ya lo dice el Quijote, una gaviota no hace verano. Bueno, lo dijo antes Fernando de Rojas en *La Celestina*, pero quién lo dice, ¿Celestina, Calixto...? —apenas puede pronunciar, pero tiene buena memoria. De puro coraje pido un tequila para mí.

Nos abrazamos, leemos y escuchamos a ambos poetas. Es la canción desesperada de Basilio quien me hace sacar la sopa de mi padre, que tampoco lo tuve aunque tuve, se fue y cuando lo tuve pues nomás bebía y golpeaba y decía tonterías. El tequila nos hace ser lo que somos, un padre que no tuvo padre y un hijo que carece de lo mismo. Pinches padres, que se vayan a la chingada, que ni me busque, ya encontré a éste, grita, y le dice a una mesera pechugona que me quiere mucho, que él, o sea yo, así como lo ven, flaco y chaparro, es mi padre. No me defiendas, Basilio, y yo achico el ángulo: así como ven a este grandote y baboso es mi hijo. Ella sonrío. Pedimos otros dos tequilas. *Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos,/ mi alma no se contenta con haberla perdido. // ...y te voy a enseñar a querer/ porque tú no has querido/ya verás lo que vas a aprender/ cuando vivas conmigo. // Emerge tu recuerdo de la noche en que estoy./ El río anuda al mar su lamento obstinado.// Nada me han enseñado los años,/ siempre caigo en los mismos errores;/ otra vez a brindar con extraños/ y a llorar por los mismos dolores.*

Como dice José Alfredo, *llegó borracho el borracho pidiendo cinco tequilas*, pero nos vamos con la panza al triple y el corazón blindado, nadie nos puede ganar a ser padre e hijo y menos amigos. La noche no entra a la cantina. Tenemos que buscarla en las calles. El tequila hartó sabroso, hartó fuerte, nos convierte en una especie de almas gemelas. No echamos de menos a nadie, porque es domingo y no hay mañana, puro presente. Vamos sobre Bolívar, con las dos bolsas llenas de libros, atravesamos Uruguay, le digo que caminemos un poco para que se nos baje, lo cual veo difícil. A él le vale gorro la vida. Seguimos y seguimos ya sin desesperación y cantamos lo que nos resta de noche. 